

GREGORIO MARAÑÓN: A CIEN AÑOS DE SU NACIMIENTO

Mario Luis Descotte

Se han cumplido cien años del nacimiento de un español ilustre: Gregorio Marañón y Posadillo. Médico eximio, historiador, escritor de raza, hombre de ciencia preocupado por las letras, es decir un ser para quien la vida valía la pena de ser vivida. Y con intensidad. Un hombre, en fin, que halló *sentido* a su existencia como diría Viktor Frankl.

Una mirada a su vida

Nació el 19 de mayo de 1887 en Madrid. Su tierra despedía, por miles, como Italia, a nuestros antepasados que venían a poblar la Argentina. Fue un lector consumado desde pequeño. "De niño -escribió- leía mucho. Mi padre tenía una gran biblioteca, en ella me aficioné a los libros...De aquellas lecturas me ha quedado una impresión particular de la Historia de Roma, de Mommsen, de los clásicos latinos y griegos, de Shakespeare". Le tocó en suerte tratar, a través de su padre, a Marcelino Menéndez y Pelayo, José

María de Pereda y a Benito Pérez Galdós, de quien guardará un cariñoso recuerdo.

Cursó el bachillerato en el Colegio de San Miguel e inició, en 1902, sus estudios de medicina. En su vida de estudiante recibió la huella de varios maestros como el célebre Santiago Ramón y Cajal, Olóriz, Madinaveitia. ¡Lo que puede dejar un auténtico maestro en el alma de un joven...! y así, por ejemplo, le puede transmitir la llama del "entusiasmo", verdadera "hormona del alma", como le gustaba repetir a nuestro maestro madrileño.

Al recibirse viajó a Alemania para perfeccionarse. Se orientó hacia la endocrinología, para ser luego, un destacado estudioso. Su carrera fue ascendente y brillante. Junto con su vocación médica se despertó su pasión por España. El pasado de su patria le tocó el alma y lo dejó prendado: será también historiador. Dirá años más tarde: "Soy español: un español que siente, hasta la médula de los huesos, hasta los rincones más hondos de su alma, el orgullo de serlo".

Integró una generación fecunda de la vida hispánica junto a José Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Azaña, Américo Castro, Manuel García Morante, Salvador de Madariaga, que tan unidos estarán a nuestro país.

A partir de 1920 su obra científica será cuantiosa: "Tres ensayos sobre la vida sexual", "El bocio y el cretinismo", "Endocrinología", "Once lecciones sobre reumatismo", entre otras.

Aparecieron también sus primeras obras históricas: "Ensayo biológico sobre Enrique IV y su tiempo", "Amiel: un estudio sobre la timidez", "Raíz y decoro de España", "Las ideas biológicas del Padre Feijóo".

A principios de la década del 30 se lanza a la política fundando con Ortega y Gasset y Pérez de Ayala la "Asocia-

ción al servicio de la República". En julio de 1936 la guerra civil marcará su vida. El exilio -anota Pedro Laín Entralgo en su magnífica obra sobre Marañón- lo obligará a "una definitiva revisión de sí mismo y mediante ella, conquista íntima de la serenidad y la melancolía; visión de España desde fuera; descubrimiento de América; afinamiento de su conciencia histórica como europeo y como simple hombre".

En 1937 y 1939 visita América del Sur. Nos redescubre. Exclama en Chile: "Yo, amigos míos, he encontrado aquí, donde creía no haber estado nunca, la huella de mi pie. Huella humilde, de pie sin coturno, pero mía, mía" y en otro lugar agregó: "El español que ha estado en América incorpora para siempre a su corazón un elemento perdurable, que es la nostalgia de América...que no nos abandona jamás".

1943. Europa en guerra. Vuelve a España. Su obra científica e histórica, no interrumpida en el París ocupado por los alemanes donde vivía, se reanudó con vigor. Entre sus nuevos libros médicos pueden citarse: "Estudios de Endocrinología", "Manual de las enfermedades endocrinas y del metabolismo", "El diagnóstico precoz en Endocrinología", "Cajal, su tiempo y el nuestro", "La Medicina y nuestro tiempo". Sus indagaciones del pasado lo llevaron a escribir: "El Conde-Duque de Olivares", "Tiberio. Historia de un resentimiento", "Don Juan", "Elogio y nostalgia de Toledo", "Vida e Historia", "Ensayos liberales", y su voluminoso "Antonio Pérez".

Su prestigio era inmenso cuando murió el 27 de marzo de 1960. "Al día siguiente -dice Laín Entralgo- una multitud incontable y silenciosa acompañaba a su cadáver. Físicamente presente o moralmente representada, España entera estaba allí".

El médico-humanista

Marañón ante todo se consideró médico. Tuvo un elevado concepto del ejercicio de la medicina. Le preocupó

ese hombre de carne y hueso, que sufre, ama y odia, que siente el soplo de lo divino (creer -llegó a decir- es lo más solemne que puede ocurrir dentro del alma de los hombres), y que tuvo tan cerca, tan "próximo", en su hospital, en las calles de Madrid, París o Buenos Aires.

Por ello escribió que "ser, en verdad, un gran médico es algo más que el triunfo profesional y social, es el amor invariable al que sufre y la generosidad en la prestación de la ciencia, que han de brotar, en cada minuto, sin esfuerzo, naturalmente, como de un manantial". Reclamaba del médico una virtud deseable de rescatar en nuestros días: la cortesía. Afirmó que se debía tratar a los enfermos "como si fueran caballeros de la Tabla Redonda".

Llegó a admitir que, en ciertos casos, el médico debe mentir. Escribió: "el médico de experiencia sabe incluso diagnosticar una particular dolencia: la del enfermo sediento de mentira, el que sufre el tormento de la verdad que sabe, y pide, sin saberlo, y a veces deliberadamente, que se le arranque y se le sustituya por una ficción". Además negó siempre que la medicina fuera un puro objeto de lucro.

El maestro

Marañón se nos aparece como un auténtico maestro, bondadoso, dispensador generoso de su tiempo y de su pluma. Bien podría exhibir esa bella frase que todo verdadero educador lleva en su alma: "siembra...que en algún lugar te favorecerá la lluvia". Vivió enseñando y aprendiendo. Se cuenta que en su exilio en París acudía a todos los cursos y conferencias que podía oír. Es que "el verdadero maestro -escribió- ha de saber, con toda naturalidad, saltar desde el púlpito profesional al banco de oyente. Si no, está perdido...Para recrear (para seguir enseñando), hay que reaprender; y no sólo en la ciencia embalsamada de los libros, sino en la ciencia viva, recién fermentada, que brota de los labios de los demás".

Don Gregorio creía, como San Agustín, que solo se aprende de verdad lo que se enseña con amor y alegría. El maestro, solía repetir, es aquel que sabe, enseña y ama. Preocupado hondamente por el hombre nos legó unas hermosas páginas sobre la vocación, esa "voz interior" que todo hombre debe escuchar, para alcanzar una vida plena y armónica.

Un testimonio del siglo XX

Su vida fecunda lleva el sello del esfuerzo y del rigor. Le decían en cierta oportunidad, que había tenido suerte. Asentía con condescendencia pero agregaba: "ya sé las horas de insomnio con que he comprado los favores de mi buena suerte".

Este hombre que estuvo, como médico, atento siempre al dolor humano, ya que "nadie -son sus palabras- debe ser ajeno al dolor que nos rodea", este trabajador infatigable nos recuerda a todos aquellos creadores, que dieron a luz obras imperecederas, en tiempos robados al descanso, a la familia, a los placeres de la vida, como Dostoievsky, escribiendo sus novelas apremiado por sus acreedores, o nuestros escritores argentinos, Leloir...y son muchos.

Recordar a Gregorio Marañón es un deber de gratitud y sirve de ejemplo para la juventud y para todos los que aún creemos que en las alas del espíritu está la vida.